

## **“Contemplar a una mujer es como ser herido por un dardo envenenado”. La belleza como arma en la literatura medieval alemana.**

**PARRA Membrives, Eva**

**Universidad de Sevilla**

Harto conocida es desde hace tiempo ya la imagen tan negativa que se le ha asignado tradicionalmente a la mujer durante la época medieval. Se recordará así que la mujer es considerada un ser de utilidad poco clara según San Agustín<sup>1</sup>, apta en exclusiva para producir descendencia según Santo Tomás<sup>2</sup>, absolutamente despreciable e impura según el conocido teólogo Abelardo<sup>3</sup>, y desde luego, como era reconocido unánimemente, de manera indiscutible un personaje de segunda categoría que debía de quedar en todo sometida al varón<sup>4</sup>. Teniendo en cuenta que en su mayoría estos perfiles femeninos tenidos por exactos eran elaborados por hombres de iglesia, forzados, sin remedio, a la más absoluta castidad, no es de extrañar que la mujer, a la que por naturaleza desean y que en realidad les atrae, pero que les está vedada por una fe intransigente, adopte para ellos una imagen fuertemente peyorativa. No sólo el temor<sup>5</sup> ante lo obligadamente desconocido lleva a los estudiosos eclesiásticos a un rechazo categórico de lo femenino, también el peligro en la mujer

---

<sup>1</sup> Vid así las siguientes declaraciones: “Si la mujer no ha sido creada para ayudar al hombre a traer hijos al mundo, ¿para ayudarlo en qué ha sido creada entonces? Aunque a su lado arase el campo-trabajo que por entonces no era tan laborioso como para que fuese deseable una colaboración-sin embargo, si hubiese habido necesidad de ayuda, hubiera sido mejor un ayudante masculino. Lo mismo es válido si quiere hblarse de ella como confortadora, suponiendo que Adán se había cansado de su soledad. ¿no es mucho más agradable para una vida en común y en compañía si son dos amigos los que conviven, en vez de un hombre y una mujer?... ¿O es que alguien se atreve a decir que para Dios no hubiera sido posible, si así se lo hubiese propuesto, crear a un hombre de la costilla del hombre y no simplemente una mujer? Por ello no encuentro ninguna otra ayuda para el hombre por la cual hubiera podido ser creada la mujer, sino aquélla de dar a luz a sus hijos” citado por Bussmann, M, “Die Frau- Gehilfin des Mannes oder eine Zufallserscheinung der Natur? Was die Theologen Augustinus und Thomas von Aquin über Frauen gedacht haben”, en: Lundt, Bea: *Auf der Suche nach der Frau im Mittelalter. Fragen, Quellen, Antworten*, München, Fink, 1992, págs. 117-133, aquí pág. 122

<sup>2</sup> El Santo dirá que “era necesario que surgiese la mujer, tal como dicen las Escrituras, como ayudante del hombre. Ciertamente no para otra tarea que no fuese la de engendrar, como afirman algunos, puesto que para cualquier otra tarea el hombre encuentra una ayuda más adecuada en otro hombre que en la mujer, sino únicamente para ayudarlo en el engendrar”, citado por Bussmann, *ibidem*, pág. 127

<sup>3</sup> Vid. “el Redentor podría haber elegido otra parte del cuerpo femenino para su concepción y nacimiento que esa parte tan despreciable de donde proceden los hijos de los hombres”, citado por Fischer-Fabian, S., *Der jüngste Tag. Die Deutschen im späten Mittelalter*, Stuttgart, Knauer, pág. 246

<sup>4</sup> A este respecto, vid. PARRA Membrives, Eva, *Mundos femeninos emnicipados. Reconstrucción teórica-empírica de una propuesta literaria femenina en la Edad media alemana*, Zaragoza, Anubar, 1998, págs. 45-74

<sup>5</sup> Vid. también PARRA Membrives, Eva, “Representaciones de lo masculino en la literatura medieval femenina”, en *Representar-representarse. Firmado: mujer. Actas del Congreso Internacional en Homenaje a Zenobia. Moguer (Huelva)*, Huelva, Fundación Juan Ramón Jiménez, 2001, págs. 453-464.

latente como principal rival de Dios en los corazones masculinos<sup>6</sup>, y, en parte, influye incluso la arrogante idea de que, dado que se trata de algo que no puede tenerse, en realidad, poseerlo tampoco merece en absoluto la pena. Así, cuando Dios advierte amenazadoramente al hombre “este ser no es para ti”, el clérigo contesta con infantil despecho: “En realidad, tampoco me interesa”. La insistencia por un acusado desinterés lleva, en ocasiones, a declaraciones extremas, en las que no sólo la mujer en sí, sino hasta su atractivo envoltorio son rebajados. Así, el popular obispo Odón de Cluny, fallecido en el año 942, asegura asqueado que

La belleza del cuerpo [—se refiere aquí el autor al cuerpo femenino en exclusiva—] reside sólo en la piel. En efecto, si los hombres vieran lo que hay debajo de la piel, la visión de las mujeres les daría náuseas. Puesto que ni con la punta de los dedos toleraríamos tocar un escupitajo o un excremento ¿cómo podemos desear abrazar este saco de heces?<sup>7</sup>

Dado que se comprendía que ni siquiera una fe absoluta en el Salvador conllevaría necesariamente implícita una inmunidad absoluta a la belleza femenina, influyentes oradores se afanan de continuo en advertir a los varones inexpertos sobre lo pernicioso de detenerse incluso en la contemplación de este ser despreciable. Nilos de Ancira, por ejemplo, notable teórico de origen griego, advierte de lo siguiente:

Contemplar a una mujer es como ser herido por un dardo envenenado. Hierde el alma y le inyecta veneno, y cuanto más dura la contemplación, mayor envenenamiento causa [...] Huye del encuentro con mujeres si quieres conservar tu castidad y no les proporciones ocasión de confiarse a ti jamás.<sup>8</sup>

La malignidad extrema de las mujeres es, según estos teóricos, manifiesta. Sirva aquí como ejemplo ilustrativo la sentencia del francés Hildeberto de Lavardin cuyas poéticas palabras no logran suavizar en modo alguno su crítico contenido:

La mujer, una cosa frágil, nunca constante, salvo en el crimen, jamás deja de ser nociva espontáneamente. La mujer, llama voraz, locura extrema, enemiga íntima, aprende y enseña todo lo que puede perjudicar. La mujer, vil forum, cosa pública, nacida para engañar, piensa haber triunfado cuando puede ser culpable<sup>9</sup>

---

<sup>6</sup> Podría citarse aquí como prueba la llamada *Kreuzzugslyrik*, lírica de las cruzadas, en las que el poeta, amargado, se siente incapaz de decidir entre la amada y su deber a Dios. De destacar es en particular el emotivo poema conocido como “Lied 3” de Friedrich von Hausen cuyo verso inicial “min herze und min lip diu wellent scheiden”, (mi corazón y mi cuerpo desean separarse) ya nos sugiere un conflicto irresoluble. En el poema, el poeta prevé para sí un amargo final dada su incapacidad para dedicarse plenamente a Dios por la nociva influencia sobre su alma de una mujer.

<sup>7</sup> KLAPISCH-ZUPER, Christiane (ed.), *Historia de las mujeres. 2. La Edad Media*, Madrid, Taurus, 2000, pág. 46

<sup>8</sup> KETSCH, P., *Frauen im Mittelalter. Q und Antworten. Band I. Arbeiten im Mittelalter*, Düsseldorf, Schwann-bagel, 1983, pág. 50

<sup>9</sup> KLAPISCH-ZUPER, Christiane (ed.), *ibidem*, pág. 48

Con estos antecedentes no es de sorprender que en la literatura de la época, tanto aquella de contenido religioso como también la no religiosa, se le atribuya a la mujer un papel destacado en cualquiera de las desdichas que asolen a los personajes protagonistas. El espectro de los daños causados por la inconsciencia, mala fe o crueldad intencionada de la mujer es tremendamente amplio, pero se halla presente de un modo u otro en la práctica totalidad de los textos en los que se da la comparecencia femenina y raro es hallar en entornos literarios algún mal de procedencia no relacionada con la mujer. Curioso resulta aquí que en numerosos ejemplos procedentes de las letras alemanas la mujer se vale, precisamente, de su belleza como arma para conquistar, dañar y perjudicar al inocente varón que con ella de un modo u otro se relaciona. Veamos ahora algunos ejemplos destacados de lo antedicho.

Tomemos como referencia ahora la inigualable obra *Erec*, primera de las novelas artúricas surgidas en terreno germanoparlante, cuyo autor se identifica como Hartmann de Aue, caballero empobrecido oriundo, según parece, de la región de Suabia. El protagonista principal de la obra será, precisamente, Erec, aquél quien da título al texto, gallardo joven de intachable conducta hasta que conoce a quien será su perdición, la bella Enite, su futura esposa, como atestigua el siguiente fragmento:

Erec era bueno y capaz,  
Caballeresco era su ánimo  
Antes de tomar mujer  
Y de volver a casa.  
Pero ahora que hubo vuelto a casa  
Tornó todo su pensamiento  
Hacia el amor a la señora Enite<sup>10</sup>

Como el autor se encarga claramente de indicar, Erec era realmente un caballero de élite, valeroso y perfecto, que comenzó “a estropearse”, y son palabras literales, cuando conoció mujer y aplíquese aquí el verbo asimismo y sobre todo en el sentido bíblico. Pues cómo nos indicará el próximo pasaje, una vez contemplada Enite, Erec cambiará radicalmente

Como si nunca hubiese sido hombre,  
Así dejaba pasar los días.  
Por la mañana se acostaba  
Para amar a su esposa  
Hasta que tocaban a misa.

---

<sup>10</sup> HARTMANN von Aue, *Erec*, Leipzig, Brockhaus, 1893, v 2894-2900. Subrayado y traducción son nuestras.

Entonces se levantaban de inmediato,  
Muy apresuradamente.  
Se tomaban de la mano,  
A la capilla iban.  
Allí su estancia duraba  
Hasta que se cantaba la misa.  
Éste era su mayor esfuerzo.  
Entonces estaba preparada la comida.  
Inmediatamente después de haber levantado la mesa  
Con su mujer volaba  
A la cama, lejos de la gente.  
Y allí empezaron de nuevo los cariños.<sup>11</sup>

La belleza de Enite se revelará aquí como arma casi mortal, pues una vez Erec probara los placeres de la carne, la pasión amorosa que le inspira su esposa le embriagará hasta tal punto que llegará a olvidarse de sí mismo, de sus semejantes y de su Dios, descuidando a partir de entonces todas sus obligaciones excepto las maritales, cayendo con ello consecuentemente en el más profundo deshonor y atrayendo sobre sí el rechazo de sus semejantes. Dado que el aislamiento social, durante el Medioevo, se consideraba el más atroz de los castigos ante cuya perspectiva era preferible, incluso, la muerte, se comprenderá la trascendencia de la desgracia del caballero, antaño héroe, ahora marginado. De hecho, sus súbditos llenos de amargura, lamentarán profundamente la aparición de Enite en la vida de su héroe como nos revela el autor:

Todo el mundo le criticaba muchísimo.  
Su corte estaba exenta de alegrías,  
Y se hallaba repleta de vergüenza.  
De reinos extranjeros nadie debía  
Ir a visitarlo en busca de alegría.  
Empezaron a maldecir  
Los que estaban bajo su mando  
Y le querían bien.  
Dijeron todos: ‘¡Maldita la hora  
En la que conocimos a nuestra señora!  
Ella está echando a perder a nuestro señor.’<sup>12</sup>

Y como culpable del mal que asolará a Erec, y, por extensión, también a todos los miembros de la corte que se halla bajo su mando, se percibirá, en exclusiva, a Enite, como ella misma sabrá reconocer, mujer que, a través de su belleza, se convierte en promotora del mal, en pérfida criminal. Así la calificarán al menos sus gentes. Que su crimen consista aquí principalmente en ser arrebatadoramente bella y en no

---

<sup>11</sup> HARTMANN von Aue, *Erec*, Leipzig, Brockhaus, 1893, v 2905-2921. Subrayado es nuestro.

<sup>12</sup> HARTMANN von Aue, *ibidem*, vv. 2858-2868

rechazar a su marido en el lecho donde éste la visita con frecuencia excesiva no debe servirnos de atenuante. Los orígenes del mal son claramente femeninos, es más, muy significativo resulta el que la simple presencia de la mujer fuera suficiente para destruir una prometedora carrera profesional. Así, se nos sugiere la idea tan extendida en círculos religiosos de que la mujer no necesita actuar para llevar la desgracia a ningún varón, le basta con, simplemente, ser ella misma, es decir, con existir y con mostrar públicamente su belleza.

Para observar el efecto de la hermosura femenina en los varones y en busca de esa latente culpabilidad nos gustaría, sin embargo, acudir en estos instantes a un tipo diferente de textos, en concreto a aquellos surgidos de mano femenina. Que las mujeres interesadas por las letras existen en el Medioevo, y, además, en número adecuado no sólo para merecer ser estudiadas sino como para que el análisis de sus obras pueda aportarnos datos en suficiencia acerca del modo de narrar femenino, se dará ahora por supuesto<sup>13</sup>. Teniendo en cuenta la natural inclinación de la mujer hacia el mal, la crueldad y las muertes violentas, sería de esperar que escenas apocalípticas invadieran sus propios escritos, que en la ficción mostraran igualmente su verdadera naturaleza y se dedicaran a recrear con deleite aquellos crímenes para los que la realidad quizá no les proporcionara ocasión adecuada. Un análisis de los textos principales de las más conocidas escritoras del Medioevo revela que, ciertamente, la mujer habla del mal en sus obras, y también sabe relacionar éste con su propia belleza. Pero, lo que resulta más curioso, la causabilidad del mal no es, en estos textos, ni por asomo tan evidentemente femenina como en los casos antes aportados. De hecho, en las novelas de tipo cortesano es interesante ver cómo situaciones donde la inductora del mal es, habitualmente, una mujer, son resueltas por las autoras femeninas de manera muy diferente. Tomemos ahora como ejemplo la lamentablemente poco conocida novela *Roman der Königin Sibille*, compuesta ya en el siglo XV por la autora Elisabeth von Nassau-Saarbrücken, que pasaría a la historia como autora de la primera novela en prosa en lengua alemana y también

---

<sup>13</sup> La bibliografía en torno al tema es muy abundante. Como referencias obligadas podrían citarse aquí ahora los siguientes trabajos: Bennowitz, I, *Der frauen buoch. Versuche zu einer feministischen Mediävistik*, Göppingen, Kümmerle, 1989; Brinker-Gabler, G. (ed.), *Deutsche Literatur von Frauen. Erster Bd. Vom Mittelalter bis zum Ende des 18. Jahrhunderts*, München, Beck, 1988; Classen, A. (ed.), *Woman as protagonists and poets in the German Middle Ages. An anthology of feminist approaches to Middle High German Literature*, Göppingen, Kümmerle, 1991; Dronke, P., *Women writers in the Middle Ages*, Cambridge, Cambridge University Press, 1984; Graña Cid, M<sup>a</sup> del M., (ed.), *Las sabias mujeres II (siglos III\_XVI) Homenaje a Lola Luna*, Madrid, Al-Mudayna, 1995;

como pionera en utilizar como protagonista de su obra a un personaje de origen no noble y emparentado con la baja burguesía.

En la novela de la reina Sibila encontramos el ya conocido motivo de la mujer de belleza extraordinaria que aturde a quien la contempla y que, como se ha dicho hace unos instantes, causara la perdición al marido de la dama, y a toda su corte poco después, en Erec. Aunque en Sibila se dan las mismas circunstancias iniciales, el desarrollo posterior de la novela será, sin embargo, otro muy distinto. Casada esta noble señora según nos cuenta la novela con el insigne emperador Carlomagno, su hermosura sin par sólo sirve, en principio, para incrementar la felicidad tanto de su sin igual marido, como de su reino, orgullosos todos de que tal ejemplar destacado de feminidad pueda considerarse propio. La belleza será aquí sinónimo no de pesar y desgracia, sino de dicha, pues la mera contemplación de la reina, por lo demás dulce y buena, servirá para alegrar los corazones de sus súbditos. Carlomagno, gobernante moderado, sabe disfrutar de su situación de hombre casado de manera conveniente, sin excesos, y en ningún momento se nos sugiere que la bella Sibille, a pesar de resultar deslumbrante, logre ofuscar su lúcida mente. Así, en principio, la belleza femenina no provoca mal alguno y la joven Sibille se perfila, por el contrario, como el bien absoluto. Sin embargo, en esta situación idílica, muy semejante a la que viviera Erec en los primeros momentos de su matrimonio, comenzará a introducirse asimismo el mal. Pero si en Erec era la luminosa imagen de la joven Enite la que perturbaba y “estropeaba”, empleando palabras del autor, a guerreros jóvenes y valerosos, en Sibille no será el marido quien pierda la cabeza, ni siquiera alguno de los jóvenes, inexpertos e influenciables vástagos aristocráticos de la corte, sino un extranjero de extraño aspecto, un enano de origen desconocido, llamado Syweron, en cuya desagradable descripción la autora evidencia ya que se trata de un personaje a priori predisuesto hacia el mal, pues Syweron es:

un enano feo, cuyas carnes eran negras como si se hubiera llevado diez años expuesto al humo, su nariz era como la de un mono, su pelo de punta como el de un puercoespín, sus orejas y sus brazos y todo su cuerpo era peludo. Sus ojos hundidos en el rostro como los de una rata, sus dientes sobresalientes como los de un jabalí, amarillentos. Una joroba delante y otra detrás, sus piernas torcidas y los pies exageradamente feos y anchos. Imposible imaginar un ser más feo. Todos los que lo veían creían que era el diablo<sup>14</sup>

Y, en efecto, como diablo se revelará este ser amorfo, pues será el único a quien le afecte la belleza de la reina hasta el punto de aturdirlo. Vamos a insistir en ello, pues

---

<sup>14</sup> TIEMANN, H., *Der Roman von der Königin Sibille*, Hamburg, Hauswedell, 1977, pág. 119

precisamente este punto será interesante. Véase cómo la belleza femenina ciertamente obnubila y acarrea la perdición, pero sólo a quien por naturaleza ya se halla de por sí predispuesto hacia el mal, no resultando por ello la mujer causante directa de la desgracia, sino sólo detonante inconsciente e inocente de maldades ya latentes en seres interiormente malignos.

Syweron, el extranjero, el enano feo, negro, peludo y doblemente jorobado, se enamorará perdidamente de la reina, con ese amor tan pasional que las mujeres suelen ver atacar a sus hombres en casi todos los textos artísticos que componen, un amor totalmente exento de cariño, romanticismo y comprensión y encaminado más bien en exclusiva a la satisfacción de apetitos carnales. Syweron desea poseer a la reina como sea y, así, se introduce en su lecho a hurtadillas al declinar el día con la absurda esperanza de que ella acepte sin más sus lascivas pretensiones y se encuentre dispuesta a trocar, sólo por una noche, al emperador Carlomagno, cumbre de la perfección, por un enano maltrecho. Lo desatinado de tal pensamiento le resulta del todo evidente a la autora, que, burlonamente, subraya las diferencias físicas existentes no sólo entre Carlomagno y Syweron, sino también entre éste último y la reina, pareja tan desigual que resulta risible imaginarla unida aunque fuese sólo en un abrazo pasional aislado. Sin duda, el lector no puede menos que esbozar una sonrisa escéptica ante la imagen que se le sugiere. Mas, sorprendentemente, ni el esposo de Sibille, el gran Carlomagno, ni tampoco su corte consideran inviable la posibilidad de una relación amorosa entre los dos personajes.

Cuando la reina, despertada abruptamente de su plácido sueño por Syweron, rechaza violentamente al enano propinándole un fuerte bofetón que lo aleja del lecho y lo estampa contra la pared opuesta de la estancia, este último, humillado al máximo, planea venganza y acude al emperador para acusar a la reina de adulterio con su propia persona. Y Carlomagno, sin duda varón tan influido por las enseñanzas eclesiásticas tradicionales del Medioevo que se halla predispuesto a pensar siempre lo peor de una mujer, y más aún si se halla implicada en algún asunto de carácter sensual, acepta las acusaciones sin más y sin buscar pruebas que las avalen y expulsa a su bella e inocente esposa del reino con la connivencia de sus súbditos. El enano cruel y calumnioso, por cierto, para satisfacción del lector, es ahorcado por su delito, con lo cual su venganza le viene a resultar poco provechosa.

Si en Erec la mujer se perfilaba como criminal y malvada, dado que con su simple presencia aturdiría al varón y le hacía caer en desgracia, Elisabeth von Nassau-

Saarbrücken da la vuelta a la historia al presentar a una mujer inocente calumniada por dos caracteres masculinos incomprensible e injustamente crueles. Por una parte, es censurable el odioso Syweron, vengativo enano libidinoso, que en su pasión irrefrenable cuenta con rasgos que por lo habitual se consideraban en el Medioevo más bien claramente femeninos. Serán sus traicioneras maquinaciones las que le lleven a él mismo a la muerte y a la pobre e inocente Sibille a un destino aún peor: el rechazo social y la marginación, una vez marcada públicamente como adúltera. No obstante, la que quizá más sorprenda de todas aquí es la figura de Carlomagno, habitualmente cúmulo de perfecciones, que se convierte en estos momentos, sin embargo, en una muestra de la necedad más absoluta al considerar, sin sombra alguna de duda, que su bellísima esposa, la más perfecta de las damas sobre la tierra, pudiera haber sentido una irrefrenable atracción sexual por un hombre que, lejos de superar al emperador en apostura física, es la encarnación de la fealdad y apenas humana resulta su apariencia. Muy intensos han de ser los ardores femeninos para no poder resistirse a los dudosos encantos de Syweron, un alto grado de perversión ha de considerarse en la mujer. Aunque tal es, precisamente, y desde siempre, la creencia varonil: la mujer no le hace ascos a ningún varón, fuera cual fuera su aspecto, sea o no miembro de la especie humana, no discrimina jamás, y, ante la perspectiva de un buen rato en el lecho es capaz de poner en peligro su vida, su reputación y todo lo que posee.

Elisabeth, la autora de la novela de la reina Sibila, deja claro en su obra que la perversión femenina no es tal, en realidad, sino sólo existe en las predispuestas mentes masculinas. El mal no es así realmente provocado por la mujer, sino que esta culpa le es asignada a ella por parte del hombre, en ocasiones de manera arbitraria y absurda, y, en cualquier caso, injusta. La huida de Sibila de la corte, embarazada además del primogénito del emperador, y su penosa subsistencia posterior en la más absoluta miseria sugieren que el mal siempre afectará principalmente a la mujer, exenta de culpa, pero marcada como culpable sin ser escuchada, mientras que en las arrogantes mentes masculinas pervive la tranquilidad de conciencia al haber puesto freno, según creen, a una actuación femenina impropia y peligrosa.

Concluiremos así que, aunque la belleza de la mujer, su físico impresionante, gracia y donosura, atractivo para el varón se mantiene, por igual, en ambos tipos de textos, tanto los elaborados por varones, como por autoras del sexo débil, y en casi todos los casos es causa directa de algún tipo de maldad, crimen, o violencia, no



obstante el efecto mismo de esa belleza resulta diametralmente opuesto según hayan los personajes brotado de mano femenina o no. Las bellezas creadas por varón son impúdicas, insaciables, siempre deseosas de varón, hechiceras, absorbentes, distraen al hombre de sus obligaciones, perturban su alma y destruyen su reputación y su vida. Las mujeres imaginadas por otras mujeres son dulces, bondadosas, comprensivas y fuerte de carácter, estoicas en la desgracia, que les sobreviene siempre de manera no buscada y en la figura de un varón a todas luces inferior a ella en cuanto a valía personal y física, que, no obstante, por su condición masculina, se cree con derechos sobre ella. Su autodeterminación, confianza en sí misma, independencia, la llevarán a la perdición, pues serán interpretadas como culpabilidad por parte de otros hombres incapaces de creer en la inocencia femenina. Pero serán, en estos textos, los hombres los únicos capaces de engañar, mentir, violar, y matar por alcanzar su satisfacción.

Nos encontramos, sin duda alguna, con dos mundos opuestos, en los que causa y origen del mal guardan una explicación muy diferente y que nos llevan a pensar que una historiografía femenina quizá nos hubiera podido dar una visión muy diferente de la humanidad.